

Conversación en lo sustancial: recuerdos de un peruano universal

Conversation on the substantial: memories of a universal Peruvian

Marcos Milla¹

© El autor. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v68i1.6659>

Vivimos en una realidad absolutamente increíble que, en lugar de ser mágica, en realidad es trágica:

- Carlos Thorne: *Viva la república*
- Martin Adán: *La casa de cartón*
- Oswaldo Reynoso: *Los inocentes, El escarabajo y el hombre, En octubre no hay milagros*
- Gregorio Martínez: *Tierra de caléndula, El libro de los espejos, Biblia de guarango*
- Jorge Eduardo Benavides: *Los años inútiles, El año que rompí contigo, Un millón de soles*
- Antonio Gálvez Ronceros: *Monólogo desde las tinieblas, La casa apartada*
- Laura Riesco: *El truco de los ojos*
- Jorge Higa: *Final del porvenir*
- Antonio Bravo: *Barrio de broncas*

De los autores mencionados, surgen las preguntas: ¿Quién los ha leído? ¿De dónde salieron? ¿Son peruanos?

Hay en este inmenso panteón como una sensación de similar a cuando uno deambula más allá del sector de tumbas monumentales del cementerio Presbítero Maestro, que deja a La Recoleta de Buenos Aires tan desamparada. Desamparados también el Museo Peruano de Literatura en el que no es posible encontrar ninguno de todos estos nombres en las tantas citas escritas en muros, columnas y techos de esta especie de Capilla Sixtina literaria al lado del Rímac.

Desamparados, nuestros autores. Desamparados nosotros, que nos quedamos sin Mario Vargas Llosa. Ante ello, surge la pregunta de qué país somos, en el que todos estos escritores maravillosos son náufragos en islas perdidas, remotas, inalcanzables por los *influencers* y los Beto Ortíces y Jaime Baylys de moda.

Ortogonalmente, nos toca ahora lidiar con la partida de «un grande»: Mario Vargas Llosa. Escribo esta reseña como lo hice en el 2004 para la revista de San Marcos, cuando falleció Carlos Milla Batres. Para ello, no necesito realizar trabajo de investigación, revisar notas o archivos, pues lo que quiero contar, en realidad, es la experiencia personal: haber tenido la oportunidad no buscada de conocer en persona a este autor quien, al igual que Hemingway y García Márquez, logró romper la barrera fenomenalmente alta con la que todos los demás tienen que lidiar; lo hizo en forma tan natural, y con obras tan consecuentes.

¹ Profesor honorario de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. ORCID: 0000-0001-6446-2085

Conocí a Mario antes de leer *Los cachorros*, el primer relato suyo que cayó en mis manos y que devoré en una hora, no mucho más. Debe haber sido en 1972; no tenía diez años aún. Mi papá, Carlos Milla Batres, estaba abocado a la producción de un proyecto editorial sumamente ambicioso —su estándar y *modus operandi*—, la publicación de un libro de mesa de café sobre la Arequipa monumental: *Arequipa*, centrado en el Convento de Santa Catalina, anclada por un estudio fotográfico amplio y profundo de la ciudad por el gran fotógrafo Pepe Casals, sus alrededores y lejanías (el Valle de los Volcanes, la laguna Salinas cerca a Chiguata, pletórica de parihuanas); una de esas joyas no financierables de las que el 50 % salió a la luz (las acuarelas de Leonce Angrand, el arte de Johann Moritz Rugendas, las iglesias

vida al convento. Recuerdo la reunión a la que mi papá me llevó como me llevaba a tantas otras (tal vez queda para otra reseña: «espérame en todos lados», en una suerte de guiño a *No me esperen en abril*, una de las novelas de mi admirado Bryce. Recuerdo especialmente la afabilidad de Mario para conmigo, la manera en que me prestó atención al grado de preguntar mi opinión sobre algunas de las fotos; ya tenía por lo menos a Morgana para ese entonces. En su rostro y gestos entiendo hoy, décadas después, cómo se esforzó en hacerme sentir partícipe, importante.

He sido un lector asiduo de Vargas Llosa desde *Los cachorros*, que me impactó tantísimo leyéndolo en mi edad preadolescente: la pérdida de la masculinidad vista entonces como la pérdida del pene. Curioso que el tema de la sexualidad masculina patriarcal, su predominio, se mantuviera a través del libro *La ciudad y los perros*, que igualmente devoré sin entender, en realidad, entonces, el contexto familiar en el que fue escrito. No puedo fijar las fechas con exactitud, pues entre los 11 y 18 años fui una verdadera termita, devorando con apetito

insaciable a Charles Dickens, los clásicos rusos, Twain, Hemingway, Arguedas, Alegría, Ribeyro. Leía a veces sin registrar, sin realmente entender, leía igual.

Al terminar la secundaria en el colegio La Inmaculada todos creían que, siguiendo la huella Milla Batres, iba a continuar hacia una carrera literaria. Pero la ciencia pudo más (la ciencia es mi esposa y la literatura, mi amante), y terminé en el bachillerato de Biología en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, donde conocí a personajes tan arquetípicos y dignos de mención literaria (lo terminaron siendo, en mi *Perdido en el paraíso*) como Alberto Cazorla, Fernando Porturas, Jaime García y el fenomenal Luis León Herrera.

Fue ya en mi año de cachimbo que cayó en mis manos *Conversación en la catedral* y el impacto fue fuertísimo, toda una novela dedicada a la destrucción de la imagen

Desamparados, nuestros autores. Desamparados nosotros, que nos quedamos sin Mario Vargas Llosa. Ante ello, **surge la pregunta de qué país somos**, en el que todos estos escritores maravillosos son náufragos en islas perdidas, remotas, inalcanzable



primitivas de la región Cusco) y el 50 % nunca lo hizo por problemas presupuestales crónicos (el arte de Pancho Fierro, Pachacamac, y muy a nuestro pesar, peruanos, «Arequipa»).

Con mi hermano Andrés, explorando en el depósito de libros, documentos y fotografías de la era Milla Batres, encontramos la maqueta, los ozalids y transparencias (algunas degradadas por el tiempo y la humedad limeña, enemiga de los archivos) de esta excepcional publicación detenida en su fase de gestación. Encontramos un texto muy corto, solo unas cuantas cuartillas perdidas entre manuscritos de geografía y de la historia de los japoneses en el Perú, con la que Mario quiso contribuir, muy probablemente sin los anzuelos monetarios de hoy, el relato de la entrada de su tía abuela al Convento de Santa Catalina como novicia, como era en ese entonces: depositada por la familia, endosando su destino de por

paterna: Edipo matando a Layo y, aún más, poniéndole esa estaca draculínea, simbólicamente tan poderosa en el horizonte cultural patriarcal en que me tocó crecer: el padre era gay. Recuerdo como si hubiera sido ayer la commoción, la sensación embargadora en que quedé atrapado por semanas después de leerla.

Mario Vargas Llosa, con *Conversación en La Catedral*, al igual que Bryce con *Un Mundo para Julius*, Hunter S. Thompson con *Fear and loathing in Las Vegas*, Gabriel García Márquez con *Cien años de soledad*, William Burroughs con *Naked Lunch*, Fedor Dostoievski con *Crimen y castigo*, Oswaldo Reynoso con *En octubre no hay milagros*, Ernest Hemingway con *For whom the bell tolls* y Jorge Eduardo Benavides con *Un millón de soles* (y tantos otros!) logró algo absolutamente especial y remarcable: sacar un brazo a través de las páginas, cogerme del pescuezo, remover con energía bárbara cada fibra profunda de mi alma, dejarme conmovido, inquieto, fuera de centro, por semanas.

Conversación en La Catedral es mejor que *Cien años de soledad*, porque la literatura, en toda su capacidad de crear mundos oníricos, aún nos conecta de manera potente con la realidad, con el desastre de la cotidianidad de nuestras vidas, y en ese sentido, Mario superó a Gabo. Como lo dijo con gran agudeza en su discurso de aceptación del Nobel: «leer es protestar contra las insuficiencias de la vida». Extrapolando a Mario, escribir es exponer descarnadamente estos espacios en el que los niños pierden la vida alimentando cerdos (*Los gallinazos sin plumas*), los ricos pierden la vida alimentando egos (*Un mundo para Julius*) y, ¡buena Mario!, trabajadoras sexuales pierden la vida sirviendo hombres (*Pantaleón y las visitadoras*).

Después de sus grandes novelas, Mario y Gabo se vuelven, sin duda alguna, escritores de sistema; sin embargo, esto es igualmente admirable, por la manera tan potente con que los dos irrumpieron en las letras hispanas en los años sesenta: nada acerca de ellos fue ruido de fondo. Atraparon con la fuerza de un láser megatónico el ojo del huracán y lo mantuvieron, tanto en la potencia de sus relatos como en el temperamento ígneo de sus vidas personales y proyección pública. *Permiso para sentir*, de Bryce, es tal vez el relato que mejor captura cómo Vargas Llosa, desde el comienzo, tomó el centro y nunca lo soltó.



La noticia de su fallecimiento, el lunes 15 de abril pasado, me golpeó muy fuertemente; escribí en el chat familiar que lo sentía como una pérdida personal. Mari, mi esposa, se sorprendió y me preguntó por qué. Recuerdo a estos dos Vargas Llosas: el tan familiar de las conversaciones con papá («Carlos, viejo») y el tan formal de las correspondencias epistolares («Estimado Carlos Milla Batres»). Pero recuerdo, sobre todo, a este Mario Vargas Llosa: el salvavidas que me echó el 2005 cuando tenía listo el manuscrito de *Perdido en El Paraíso*, mi primera y (por ahora) única novela publicada. Tuve la inmensa fortuna de no leer *This side of Paradise*, de F. Scott Fitzgerald, hasta mucho después; si la hubiese leído antes, nunca hubiera escrito mi novela. Pero mayor fortuna fue que papá contactase a Mario y Patricia acerca de mi borrador, en el que creyó fervientemente. Mi memoria ha perdido los detalles, pero a ellos les debo que Alfaguara España dictase la publicación de mi novela por Alfaguara Perú. *Out of body experience*, en mi idioma adoptado, fue que el lanzamiento en Lima fuese la misma semana que *Las travesuras de la niña mala: out of body*, ver en los escaparates centrales de El Crisol en

el Ovalo Gutiérrez su novela junto a la mía, tantos años después de leer *Los cachorros*.

No he leído todo Mario Vargas Llosa, pero sí he leído bastante. La alegría fue embargante cuando le dieron el Nobel el 2010, porque la Academia Sueca le debía eso desde hacía mucho. Desafortunadamente, su trayectoria política los debe haber indispuesto y, como vimos con Jorge Luis Borges, pueden llegar a ser estúpidamente miopes, inmisericordes. Pero el Nobel llegó, en el momento que ya no lo necesitaba, y a veces me pregunto si lo debió haber rechazado como en su momento lo hizo Jean Paul Sartre: «le están tirando un salvavidas a un naufrago que ya llegó a la orilla», simplemente los mandó a la mierda. Pero fue importante para nuestro país: aplaudí la aceptación como aquélla que se hace a nombre de todos esos autores peruanos que no leemos, que no conocemos, que murieron en la penuria y el olvido, y aún aquellos que, si bien acariciaron algo de fama, lo hicieron exprofeso (Bryce, *Permiso para sentir, Permiso para vivir*) o a regañadientes (Ribeyro, *La tentación del fracaso*). El premio Nobel de Varguitas contó para todos; hasta un pedacito lo siento mío.

Como sucede con aquellos que se exponen (él mismo dijo que escribir es un acto de *striptease*, lo cual es completamente cierto: toma un coraje inmenso escribir sin autocensurarse), Mario Vargas Llosa ha tomado una cantidad de torpedos impresionante: el Vargas Travolta de *Monos y monadas*, la persona injustamente vilificada

por Jaime Bayly (escritor mediocre, por cierto) y más significativamente, cuestionado tal vez con justicia por los gigantes intelectuales de San Marcos de los cincuenta y sesenta, por sus yerros políticos incluyendo el incomprensible apoyo a la horrible y nefasta Keiko Fujimori. Decisión incomprensible tras los años de batalla contra su horrible y tirano padre.

Pero quisiera cerrar con este pensamiento motivado por las muchas conversaciones acaloradas que he tenido con mis hijos milénicos: los milénicos tienen un sentido de consecuencia moral inédito en nuestra cultura, poniendo en la balanza la integridad y conducta personal tanto como la trayectoria profesional y méritos. Tal vez la lección que queda es que nosotros, los seres humanos, somos muy imperfectos: la lista de autores, compositores, pintores, arquitectos y otros de importancia cultural irrefutable a quienes deberíamos tirar a la hoguera por sus creencias políticas o religiosas es inmensa. Mario Vargas Llosa, con su bagaje patriarcal —sin el que difícilmente se hubiesen gestado obras de la complejidad y profundidad emocional de *La ciudad y los perros*—, como todos nosotros, es un ser humano. El resultado axiomático (a lo Jaime García) es que, en la literatura universal, es un gigante insustituible: el boom latinoamericano no es concebible sin él, *Conversación en La Catedral* nos define en formas difíciles como país y cultura. Mario Vargas Llosa, en suma, como todo lo nuestro, es un faro que puede llevar a tierra o mar adentro. Creo que nunca lo dejaré de extrañar.